

In memoriam:



Roberto Varela

Roberto Varela: formador de hombres cultos de su tiempo

Frente a mí, al redactar estas cuartillas, está la foto de nuestro querido Roberto Varela en la portada de *Bricolage*, la revista de los estudiantes de antropología social y geografía humana, dedicada a él unos meses después de su partida.

Sonríe. En la mano derecha sostiene los lentes y en la izquierda su pipa, parte sustancial de la indumentaria de ese extraordinario ser humano con camisa a cuadros, las mangas a medio brazo, trabajando al hablar, al estudiar, al escribir –sobre todo al pensar y guardar silencio.

No me toca a mí explicarlo. Es, quizá, tema de sus colegas antropólogos, o forma parte de esa zona del misterio que acompaña al acontecer humano, pero he podido constatar, a lo largo de mi vida, que hay personas que con su presencia simbolizan lo mejor de las instituciones a las que pertenecen. Pueden o no tener cargos, eso es circunstancial: son, sin ellos o a pesar de ellos, guías, referencias en la construcción de ambientes para el avance del conocimiento, la enseñanza, la construcción de espacios colegiados y ¿por qué no decirlo? seres ante los que no se puede ser indiferente.

Alguna vez escuché la siguiente anécdota: al volver de obtener dos doctorados en el extranjero, el hijo se presenta ante el padre, orgulloso de sus logros. Aquí están mis diplomados, padre. El hombre mayor, pensativo, le da un abrazo y le dice: bueno, pues has andado la mitad del camino, ahora te toca lo más difícil: *perder los doctorados*. El muchacho sin comprender lo que dice su padre guarda silencio y espera. Mira: nadie dice doctor Freud, o doctor Darwin ni doctor Marx. (En esta comunidad yo diría que nadie se refiere a Turner, a Lévi-Strauss o a Adams anteponiendo sus credenciales.) Son nombres que valen –y valoramos– sin necesidad de adelantar sus grados.

Por eso basta y sobra decir Roberto Varela, así, a secas pero con toda la carga simbólica que significa su nombre, para saber que estamos hablando de un pilar de nuestra universidad: inquieto, perspicaz, inquisitivo, no conforme con seguir los caminos trillados; provocador de pensamientos, afincado en la honda cultura que, como su nombre lo indica, cultivó sin cesar a lo largo de sus días.

Amigo fiel, pero no complaciente. Amoroso compañero, padre y abuelo –“ser abuelo es el postre de la vida”–, maestro en el mejor de los sentidos. En la editorial de *Bricolage* sus alumnos escribieron un párrafo que no resisto citar:

Y es que honestamente pocos son los profesores que calan hondo. Roberto Varela fue uno de ellos. Su profundo conocimiento de la antropología, el rigor y la claridad de sus exposiciones, la inteligencia de sus juicios, la perspicacia de sus críticas, la brillantez de sus intuiciones, la felicidad de sus ironías y la pertinencia de sus preguntas, hicieron de él un profesor extraordinario: un *maestro* en el sentido fuerte de la palabra.

En vez de decir que el número de la revista está dedicado al doctor Roberto Varela, terminan con una hermosa expresión de afecto: “...este número está dedicado a Roberto ‘el Flaco’

Varela”. Donde quiera que esté –desde luego en nuestra memoria y gratitud– al escuchar que sus estudiantes le recuerdan así, con ese cariñoso sobrenombre, vuelvo a la foto de la portada y entiendo su sonrisa. No hay mejor homenaje que el respeto no ausente de buen humor para un maestro. Sin duda, me sumo, hago propias, las palabras que sus estudiantes escribieron.

En pocos días culminará la honrosa distinción que me confirió la UAM para ser rector general. Por ello, asistir a este homenaje en las últimas semanas de mi encomienda tiene tanto sentido. La obra intelectual de Roberto Varela es importante y habrá de continuar enriquecida por la crítica y profundización de sus hallazgos por parte de sus colegas y alumnos. Estoy seguro de que así será.

Pero es preciso volver a reflexionar en cómo una persona puede encarnar, debido a su solvencia ética y solidez humana, los valores no sólo de su institución de referencia, sino, en este caso, los de la vida universitaria. Roberto, “el Flaco” Varela, construyó junto con sus colegas, maestros y estudiantes un espacio para el trabajo antropológico del cual estamos orgullosos en la UAM. También legó con generosidad una vasta obra especializada que sus pares aprecian. Pero, a su vez, reivindicó cada día el valor de la vida académica y el sentido más fuerte de la labor de las universidades públicas. Algunos recuerdan cómo sintetizó, en una frase sólida, la razón de ser de nuestras instituciones. Luego de detenerse a pensarlo unos instantes, con la pipa en la mano, dijo con voz firme: “lo que ha de guiar a la UAM, y a todas las universidades que se respeten, es una cosa sencilla de decir pero difícil de lograr: formar hombres cultos de su tiempo.”

El silencio que prosiguió a esa frase, entre sus colegas, es difícil de describir. Creo que daba sentido a la sentencia que afirma: “no hables si lo que vas a decir no es más bello que el silencio”.

En estos días, cuando la prisa y ciertos indicadores opacan la sabiduría que se construye con paciencia y disciplina, es menester recordar este eje orientador para nuestro trabajo: generar hombres cultos y de su y nuestro tiempo.

Esa propuesta de rumbo, de horizonte de largo plazo, sólo puede provenir de quien ha reflexionado sobre lo que es valioso; es socia de Machado cuando advierte: “cualquier necio/ confunde valor y precio.” Roberto entendió lo que es valioso en esta labor educativa, que rebasa, con mucho, la instrucción o la habilitación sometida al mercado.

Agradezco enormemente la oportunidad de expresar estas ideas ante ustedes. A pesar de la pena por su partida –lo extrañamos– se ha quedado con nosotros en su obra, en su profundo afecto por la universidad, sus colegas y estudiantes; sus amigos y familia.

Y, a mi juicio, en esa frase que se une tan bien con una universidad abierta al tiempo: ojalá, sería el mejor homenaje posible, estemos a la altura de su propuesta: formar hombres cultos de su tiempo. Menudo reto, “Flaco”: pero es preciso trabajar por ello.

*Luis Mier y Terán Casanueva
Rector General de la Universidad Autónoma Metropolitana*

La Cátedra Roberto Varela: un homenaje que crea lazos

Hace algunos meses el doctor Luis Mier y Terán Casanueva, rector general de nuestra institución, nos planteó al rector de Iztapalapa, doctor José Lema, y a mí su interés por crear la Cátedra Roberto Varela. La propuesta fue bienvenida inmediatamente, nos dimos a la tarea de hacer acopio de recursos, voluntades y propósitos. De recursos para que se constituya un fideicomiso que dé sustento y estabilidad en el tiempo a la Cátedra; de voluntades para que ella no esté adscrita sólo al Departamento de Antropología –que “el Flaco”, junto con otros colegas, contribuyera a crear hace treinta años–, sino que forme parte del patrimonio académico de nuestra División, la misma que Roberto dirigiera hace 20 años; y de propósitos, porque ya hemos designado una comisión que le otorgue direccionalidad académica a su ejercicio. La Cátedra nos permitirá invitar a profesores de alto nivel académico, nacionales e internacionales, para que ofrezcan ciclos de conferencias (al modo de *lectures*) que puedan ser publicadas, ya sea en papel, ya en formato electrónico. Quienes lo conocimos tenemos la convicción de que él compartiría con nosotros esta solución: una cátedra abierta, plural, con sentido y rigor académico que esté disponible para el fortalecimiento de la División. Tal vez alguna incomodidad le hubiéramos causado al “Flaco” por ponerle su nombre a esta Cátedra. Sin embargo no está de más tomarle a él mismo la palabra. Vean ustedes si no.

Recordarán que hace un año, justo en este patio, al concluir el homenaje que le celebramos por sus 70 años, “el Flaco” nos leyó el siguiente diálogo de *El principito*. El zorro le señala al principito que no puede jugar con él porque no está domesticado.

- ¿Qué significa domesticar?
- Es una cosa demasiado olvidada –le contesta el zorro–. Significa “crear lazos”.
- ¿Crear lazos?
- Sí –dijo el zorro–. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y yo no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

De este hermoso diálogo que hoy adquiere otro significado y un valor singular para nosotros me es dable obtener una lección. Al denominar “Roberto Varela” a la cátedra que aquí se anuncia no sólo renovamos y desplegamos en el tiempo aquel justo homenaje, contribuimos a crear lazos que hagan de la División y de nuestra universidad una más domesticada. En 1989, con motivo de la fiesta con la cual la UAM celebró sus primeros quince años, Roberto fue el encargado de dirigir unas palabras a la comunidad en el acto inaugural. “El Flaco” concluyó sus palabras –todavía vigentes– en aquella conmemoración, con esta nota:

para nosotros, universitarios, el solo nombre “universidad” evoca estados de ánimo complejos y ricos de significado intelectual y emotivo, de gozos intensos en convivencia con amigos y compañeros, de

ilusiones cumplidas, de logros intelectuales, de dudas abismales sobre nuestros conocimientos y sobre nuestras aptitudes, de cuestionamientos profundos de nuestro ser y quehacer, de nuestra esperanza contra toda esperanza. Por ello reafirmamos con plena lucidez: se sustenta, confiada, la Universidad en su nombre.

Y nuestra circunstancia, no tan propicia como quisiéramos, nos obliga a reivindicar más que nunca a la Universidad Autónoma Metropolitana y a la universidad pública en general. Con este ánimo, con esta actitud y vocación está armada la cátedra que aquí inauguramos.

Antes de desvanecerse en la tenue brisa, “el Flaco” tuvo la oportunidad de revisar las galeras de dos libros: *Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, se llama el primero; y el segundo *Los trabajos y los días del antropólogo: ensayos sobre educación, cultura, poder y religión*. Incluso ausente, “el Flaco” no deja mal parado a Marcel Mauss: le damos un don y él, luego luego, nos devuelve dos. Muchas gracias al doctor Luis Mier y Terán por su iniciativa, muchas gracias al doctor José Lema por su apoyo, y a todos ustedes gracias por acompañarnos.

Rodrigo Díaz Cruz
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Mi amigo, “el Flaco” Varela

Conocí a Roberto Varela, o “Flaco” como se le decía, hace más de treinta años, cuando Ángel Palerm me pidió asumir la responsabilidad de ser su asesor de tesis. Como tal vez recuerden, en esos años el doctor Palerm había iniciado un programa de capacitación en antropología. Se había embarcado en una estrategia para cambiar la dirección de la antropología mexicana, y parte de ésta era encargar sus candidatos a un antropólogo extranjero. Ángel hizo contacto con quienes pensaba poder conseguir la dirección que el quería y con el tiempo creó un grupo que incluía a Eric Wolf, Lawrence Krader, Bryan Roberts, Pedro Carrasco y Richard Schaedel. Roberto Varela perteneció al grupo de estudiantes formado por Patricia Arias, Brigitte Boehem, Alicia Castellanos, Andrés Fábregas, Alba González, José Lameiras, Larissa Lomnitz, Patricia de Leonardo, Tomás Martínez y Pablo Pérez, entre otros. Como escribí en un homenaje a Palerm, él logró, con cierta estrategia imperial, poblar nuevos departamentos de antropología con su gente. Su éxito puede apreciarse en la creación del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), después transformado en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Además participó en el desarrollo de los programas de ciencias sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa (UAM-I), donde Roberto Varela fue uno de los pioneros.

Roberto Varela persiguió siempre con avidez la verdad y la razón; pero estas dos cosas no siempre son compatibles, por lo cual tenía que equilibrar las demandas de una contra las de la otra. De joven buscó en la Iglesia católica este equilibrio, viajó a Roma y a la India. A pesar de las ricas experiencias que tuvo como jesuita, en los años sesenta decidió que la vida parroquial no era lo que ansiaba. En varios aspectos su carácter y disposición congeniaban con el papel de padre jesuita. Era considerado, de conversación cautelosa, intelectualmente alerta, mordaz e incisivo. También era apacible y dulce, muy cuidadoso con los sentimientos de otros y con un gran aprecio de las debilidades humanas.

He conocido a varios jesuitas quienes dejaron la Congregación por la antropología, y también a algunos que permanecieron como eclesiásticos pero que al mismo tiempo siguieron ejerciendo la disciplina de la antropología. Otro de mis estudiantes destacados de esa época fue Ricardo Falla, un jesuita guatemalteco. Nunca me sentí “el profesor” de estos dos hombres, “Flaco” y Ricardo, en el estricto sentido académico. Yo no tenía mejor intelecto, y no poseía mucho que enseñarles. En realidad, ¡se invirtió la relación! Su preparación intelectual como jesuitas les había proveído de una mejor y más amplia educación que la mía. Lo único que yo les pude dar era la herramienta de la antropología y mi experiencia personal y profesional. La razón por su excelencia como antropólogos y como seres humanos se debe a la capacidad intelectual y al impulso propio de cada uno de ellos. La educación y la disciplina jesuita junto con la formación antropológica proporcionaron las herramientas necesarias y ellos decidieron qué hacer con estos utensilios. A través de su agudeza intelectual sobresalieron.

La decisión de dejar la Congregación, sin duda un paso crucial en su trayectoria, no cambió fundamentalmente la naturaleza de los intereses de Roberto, y tampoco modificó su modo de pensar. Años después, en un recuento del desarrollo de la antropología en la UAM-Iztapalapa, Roberto precisó las tres tendencias en conflicto en el Departamento de Antropología. En primer lugar situaba la preparación práctica para que los estudiantes pudieran entrar en el mercado de empleo competitivo; en segundo estaba la propensión a llenarlos a la fuerza con todas las variedades de antropología, y, en tercero, estaba la inclinación a minimizar la antropología académica, y ofrecer, en cambio, cursos más estructurados de filosofía, literatura e historia. Roberto escribió: "Personalmente me inclino por la tercera".¹

En los treinta años que nos frecuentamos se hizo evidente que la razón por la cual llegué a considerar a Roberto uno de mis mejores amigos era porque compartíamos una preferencia por las ideas por encima de los hechos. Éstos siempre fueron importantes, pero los modelos y las ideas que ellos engendran era lo que nos interesaba. En los primeros años de los cuarenta yo estudiaba filosofía en la universidad, pero la Segunda Guerra Mundial me obligó a interrumpir esta actividad. Mientras presté servicio en la Marina en las Islas del Pacífico tuve la oportunidad de ver sociedades muy distintas de las que había conocido antes en los Estados Unidos de América. Cuando, después de la guerra pude retomar mis estudios decidí dejar de lado la filosofía en favor de la antropología, pues me parecía que ofrecía una manera más directa, y más pintoresca, para comprender cómo funciona el mundo humano.

No recuerdo si "el Flaco" y yo discutimos alguna vez en estos términos al respecto, pero sí era muy claro que ambos nos interesábamos menos en las materias focales antropológicas de moda (en estudios detallados de parentesco, descripciones etnográficas meticulosas de la vida de un pueblo, o exploraciones exhaustivas de las creencias y la cultura material, por ejemplo). A los dos nos preocupaba menos la apariencia de la cultura, y nos atraía más cómo funcionan los sistemas sociales o, como en su estudio de Tlayacapan, como *no* funcionan. Tal vez el trabajo que "el Flaco" hizo en la India tuvo el mismo efecto que el que tuvieron las Islas del Pacífico sobre mí. Obviamente no era lo exótico lo que nos cautivaba de la antropología.

Un área de interés particular que siempre compartimos era la estructura del poder en la sociedad. A él le apasionaba la cultura política y escribió varios ensayos evaluando el trabajo de otros estudiosos, sobre todo mexicanos. Este interés se evidencia en su tesis sobre Tlayacapan, en ella describe que, en efecto, el gobierno local y sus actores no tenían acceso a las grandes decisiones, que se hallaban en manos del gobierno estatal. Examinó la cuestión del poder en la sociedad de Tlayacapan y esto permaneció como uno de los temas intelectuales que le preocuparon durante el resto de su vida.

Regreso a aquellos primeros años. Parte de la estrategia de Ángel Palerm para capacitar a sus estudiantes era que ellos fueran a las universidades donde trabajaban los antropólogos extranjeros afiliados a su programa. Así, los candidatos obtendrían la ventaja de la experiencia de estos últimos, aunque sus diplomas serían mexicanos. Por lo anterior, con agrado tuvimos al "Flaco" con nosotros en la Universidad de Texas por un año. Ahí tuvo acceso a las bibliotecas, y particularmente a la Colección Netty Lee Benson, una de las mejores colecciones existentes que sigue siendo un gran recurso intelectual. Durante ese año nos veíamos a menudo, estuvo muchas veces en nuestra casa, nos acompañó en excursiones locales, y participó en conferencias de ciencias sociales en universidades cercanas.²

"El Flaco" Varela era un hombre modesto que nunca sintió la necesidad de imponer sus ideas. Platicar con él era conversar con una persona suave y dulce, alguien que era un buen maestro. Tenía un don muy especial también para colaborar con otros estudiosos. Muchos

¹ Roberto Varela, "El Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa: Caminos andados y por andar", *Alteridades*, año 10, núm 20, 2000, p. 150.

² Una de ellas fue publicada como "The limits of Latin American political participation: a critique of the revisionist literature", en Mitchell A. Seligson y John A. Booth (eds.), *Political participation in Latin America*, red. 2, *Politics and the poor*, Holmes and Meier, Nueva York, 1979, pp. 147-152.

de mis colegas son egoístas, pero “el Flaco” era lo opuesto. Su bibliografía contiene varios volúmenes en que colaboró, o en los cuales hizo trabajo de redacción detallado. Mis propios libros, dos de los cuales él redactó, fueron notablemente mejorados por sus oficios profesionales.

Respecto a esto se puede llegar a la conclusión de que “el Flaco” encontraba su mayor placer en que las cosas caminaran bien. Fue un “habilitador”, una persona capaz de ver que algo se debía hacer, y luego dedicar sus esfuerzos para que se lograra. La habilidad de promover el trabajo de otros no es lo suficientemente apreciada en nuestra sociedad. Las personas que trabajan para lograr el éxito en algún proyecto intelectual tienen primero que haber comprendido el contenido del proyecto y luego comprender su trascendencia en el contexto del mundo real. Esto nos recuerda la búsqueda vital del “Flaco”: “siempre buscar la verdad y la razón”, y construir modelos para explicar nuestro mundo, para ayudarnos a comprenderlo mejor.

He procurado impulsar proyectos que he considerado importantes para entender mejor nuestro mundo, y raras veces han sido ideas propias. La verdad es que hay muy pocas ideas originales, casi todo nuestro pensamiento está integrado por componentes anteriores, encontrados en nuestro entorno intelectual. Casi cualquier persona puede producir una síntesis; pero, como en la mayoría de las mutaciones, gran parte de estas síntesis intelectuales no sobreviven el proceso de la selección natural. Si ideas nuevas merecen ser promovidas tendrán que ser tratadas con cuidado y tendrán que ser nutridas y reproducidas en las mentes de otros.

Creo que fue a principios del nuevo milenio que “el Flaco” decidió venir a Guatemala a visitarnos. Fue la primera vez que compartimos unos días sin estar trabajando en algún proyecto académico. En vez de hablar de antropología, de modelos, de estructuras, simplemente gozamos de nuestra mutua compañía. Decidimos hacer una excursión en auto y, en vez de llevarlo por caminos conocidos por mí, a lugares ya familiares, nos fuimos solos a conocer un área del país donde ninguno de los dos había estado, para que ambos pudiéramos disfrutar de la experiencia de la novedad, del descubrimiento mutuo. Aunque nunca había estado en Guatemala sus observaciones fueron siempre agudas y deslumbrantes.

La última visita que hice a México para ver al “Flaco” fue cuando se publicó mi libro sobre la utilización de la energía como una herramienta para medir o analizar las sociedades del mundo. Aparentemente las ideas ahí presentadas le interesaron desde que las empecé a desarrollar durante la década de 1970. ¡Esta infección les fue transmitida a algunos de sus estudiantes! El modelo fue concebido como un modo libre de contenido ideológico de analizar la dinámica social, a diferencia de lo que ocurre con la teoría marxista, cuya aplicación se dificulta por la ideología. Este modelo empezó a crear una pequeña ola de interés, pero no podía competir con la popularidad de Marx, ni después tampoco con la de Foucault. Por lo tanto, y eso lo entiendo ahora, tal vez hacen falta muchas personas raras como su servidor y mi amigo “Flaco”, para que este análisis pueda parecer atractivo.

Una de las más importantes contribuciones institucionales de Roberto Varela fue la realización de programas en la Universidad. Al poco tiempo de haber terminado su trabajo doctoral llegó a la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, y a ésta le dedicó el resto de su vida profesional. Contribuyó no sólo en la construcción del Departamento de Antropología, sino en general en el programa de ciencias sociales y, por ende, de la Universidad misma.

“Flaco”, dedicaste abnegadamente horas y días enteros al mejoramiento de mis libros, traduciéndolos y llevándolos a su publicación. Gracias. Con todas tus habilidades, sensatez y éxitos llegaste a ser un amigo entrañable en muchos sentidos. Nos reímos de las tonteras académicas; hablamos de política y poder en el mundo real así como en el plano teórico. Caminamos, conversamos y reímos. Tu ausencia ha dejado un vacío que, por lo menos yo, no podré llenar.

Richard N. Adams
Universidad de Austin, Texas



Cultura política: en busca del concepto

Agradezco mucho a las y los colegas del Departamento de Antropología que me hayan dado la oportunidad de participar de una manera privilegiada en la inauguración de la “Cátedra Roberto Varela”.¹ Este inicio de lo que podríamos llamar la *segunda etapa* de la presencia del “Flaco” Varela en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I) ha dirigido en las semanas pasadas mis recuerdos con especial intensidad hacia el inicio de la primera, ya que fue hace precisamente treinta años, en el trimestre de otoño de 1975, cuando empecé a asistir, por invitación de él y antes de poder ingresar de manera formal a la Universidad, a las reuniones del incipiente Colegio de Profesores.² Por cierto, el primer jefe (“Encargado”) del Departamento era entonces también papá de una hija chulísima, Paula, quien está hoy con nosotros, acompañada por sus dos hijas, de las cuales la primera, Valentina, tiene ahora aproximadamente la misma edad que ella en aquel tiempo y a quien está dedicado el libro *Cultura y poder*.

No recuerdo de Roberto Varela, a quien Rodrigo Díaz, alumno suyo primero y amigo cercano después, describe en la presentación de dicho libro como “un auténtico ‘magister’” (Díaz, 2005: 9), grandes declaraciones sobre la importancia de la juventud para el futuro del país o sobre la imperiosa necesidad de mejorar de raíz las universidades públicas en México. Pero su “compromiso casi obsesivo con la docencia” (Díaz, 2005: 9) era su respuesta permanente a esta situación profundamente sentida, y esto es algo que vale la pena ser destacado en una coyuntura en la que puntualidad y asistencia de los profesores universitarios a clases y tutorías, su cuidadosa preparación y el conocimiento amplio y profundo de la bibliografía pertinente no siempre se observan. Los cursos de grado y de posgrado impartidos por “el Flaco” también eran apreciados por tener estas características,³ no sólo en la UAM, sino también en la Universidad Iberoamericana y en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, las otras dos instituciones de investigación científica y educación superior importantes en su vida.

Cabe mencionar en este contexto también las tesis. Hasta donde tengo conocimiento, dirigió a lo largo de las últimas tres décadas, 44 tesis de licenciatura, maestría y doctorado, fungió como asesor y jurado de otras tantas y revisó con la misma puntillosidad un número indeterminado de borradores de tesis en su calidad de integrante del Comité del Posgrado en Ciencias Antropológicas que él mismo fundó en 1993. Por cierto, de las casi noventa tesis contadas, quince fueron escritas por once profesores y ex-profesores del Departamento de

¹ El presente texto es la versión revisada y ampliada de la intervención en la ceremonia de inauguración de la “Cátedra Roberto Varela” (México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 17 de noviembre de 2005).

² Los inicios del Departamento de Antropología de la UAM, entonces una “universidad en eferescencia” (Varela, 2004: 475), se hallan reseñados en Krotz, 1987.

³ Precisamente esto se destaca en la introducción al número 8 de la revista estudiantil *Bricolage*, dedicado a la memoria de Roberto Varela (Coordinación Editorial, 2005).

Antropología –entre ellas, mi propia tesis de maestría–, de modo que nos encontramos aquí ante un caso especial de lo que podríamos llamar desarrollo académico sustentable.

Es en este marco que quisiera ubicar la presentación de *Cultura y poder: una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, y me congratulo de que el inicio de esta cátedra no sea un simple acto protocolario, sino en sí ya una cátedra. Se trata del último libro escrito por Roberto Varela⁴ y tiene al menos dos características que lo vuelven especial en el sentido que acabo de mencionar.

Por un lado, no fue originalmente concebido como tal. Más bien es el resultado de muchos pasos para aproximarse al tema. O sea, es el resultado de una lenta maduración de las ideas que por igual se adentraron en la bibliografía teórica clásica y contemporánea de la antropología política y los estudios antropológicos sobre México, África y Asia y se aprovecharon de las fuentes griegas y latinas de la civilización occidental y de la filosofía medieval centroeuropea. Es una aproximación reflexiva que no se preocupa por citar nombres “obligados” y palabras “de actualidad” supuestamente inevitables –creo que el término globalización no aparece una sola vez, aunque uno de los fenómenos íntimamente asociados al proceso por lo general designado con dicho término, el surgimiento y resurgimiento de las identidades étnicas en todo el mundo, también es abordado en el libro–. Conviene insistir en esto porque parece que los desatados mecanismos “de evaluación académica” se han propuesto hacer cada vez menos posible la realización de investigaciones en ciencias sociales y humanas de largo alcance, de avance pausado pero firme, indiferentes con respecto a autores y obras de moda cada vez más rápidamente cambiantes, interesadas sólo por el tema mismo, el fenómeno social, el concepto en cuestión.

Por otro lado, es un libro que, además de analizar y proponer, deja ver cómo se construye conocimiento antropológico. Esto es algo que ya fue un elemento importante en su tesis doctoral, cuya lectura, a diferencia de la mayor parte de textos de este tipo, al menos en su versión finalmente publicada, permite entender cómo diferentes perspectivas teóricas son examinadas, probadas frente a la realidad empírica y luego criticadas y, en consecuencia, sustituidas o modificadas (Varela, 1984: 17-44).⁵ También en este sentido puede ser un libro útil para la enseñanza de la investigación antropológica, donde a veces es difícil hacer ver que la construcción del llamado ‘marco teórico’ no puede resultar de la apresurada selección de algunos conceptos tomados de alguna parte.

*Cultura y poder*⁶ es un libro crítico, teórico, que permite apreciar tanto la “‘*démodée*’ formación cartesiana” (p. 11) de su autor, como su extraordinaria erudición, que se aprovechaba de tres licenciaturas hechas en campos distintos de la antropología, de una memoria privilegiada y del manejo de media docena de idiomas antiguos y actuales.

La obra está compuesta de cuatro partes cuyos títulos hablan por sí mismos: “Acercándonos a la cultura política”, “La cultura”, “La política” y “La cultura y la política”.

En la primera parte se realiza una amplia revisión de quince autoras y autores, todos antropólogos o contribuyentes a publicaciones antropológicas, que en los años ochenta y noventa se ocuparon del estudio de la cultura política; tal vez se deba destacar aquí que todos los textos revisados hayan sido mexicanos, cosa que tampoco es muy común en este tipo de trabajos. El resultado de la crítica –acostumbradamente aguda– es que no se encuentra en la bibliografía antropológica mexicana especializada aún “un concepto analítico [d]el concepto mismo de cultura política: a lo más es un cómodo concepto descriptivo...” (p. 74).

⁴ Está todavía en preparación una antología sobre antropología política.

⁵ Ver para esto también su visión retrospectiva (Varela, 1992). Y es pertinente citar aquí, además, su testimonio acerca de una tensión existencial: “...reflexionaba sobre cómo los hombres controlan a los hombres, cómo imponen su voluntad aun contra la resistencia de otras voluntades, cómo se estructuran las relaciones de poder, cuando lo que yo en el fondo deseaba era que los hombres se determinaran libremente, cuando quería que el único imperativo fuera el del amor, cuando anhelaba que perdurara en el tiempo la ‘comunitas’ existencial de Victor Turner...” (Varela, 1985: 9-10).

⁶ En adelante, todas las referencias a este libro sólo se indicarán con sus números de página.

Para construir tal concepto, se procede en seguida a la revisión de aproximaciones desarrolladas en la antropología para el estudio de la cultura, acompañada por el cuestionamiento del hecho de que “la preocupación por la ‘cultura’ se está haciendo parte de nuestra cultura mexicana” misma y donde erróneamente, “la relación entre cultura y comportamiento es de causalidad unidireccional” (p. 79).

El apartado siguiente desarrolla una visión del estudio antropológico de la política que inicia en el contexto de la antropología africanista de los años treinta del siglo pasado, pasa por la mención del inventario crítico hecho dos décadas después por uno de los principales representantes de la ciencia política estadounidense de aquel tiempo y termina con la aceptación de la apreciación hecha hace poco por la autorizada voz de Joan Vincent acerca del fin de la antropología política clásica (p. 127). Pero, además, se presentan diferentes perspectivas sobre política y poder, de modo especial la de Richard N. Adams, que bien pueden servir como introducciones a tales perspectivas.

En la parte IV se trata de resumir en qué tipo de situaciones el recurso al concepto de cultura política tiene sentido y en cuáles no, alejándose en definitiva del uso residual del concepto todavía bastante en boga y señalado con claridad en la breve “Introducción general” (p. 12).

El libro cierra con sólo dos páginas de “conclusiones generales”, que llevan a –exactamente seis renglones de una definición del concepto de cultura política (p. 166). ¿Una definición como resultado de todo un libro? Exactamente: una definición, ¡nada más, pero tampoco menos!

Por todo lo anterior es obvio que *Cultura y poder* es más que un libro de antropología política.

Constituye un aporte notable a todo el debate actual, dentro y fuera de la antropología sociocultural, en cuyo marco decididamente unidisciplinario se realizó el estudio, sobre el fenómeno cultura y su análisis. Constituye una llamada de atención para tantos estudios recientes sobre el tema –especialmente los de corte neoboasiano–, de que “los contenidos culturales, por más arbitrarios que los concibamos, sólo operan en medios sociales concretos...” (p. 157). En este sentido va a la par de una importante crítica reciente del “Gramsci lite” (Crehan, 2002: 176), que rechaza su utilización reduccionista en antropología y afirma que “hegemonía para Gramsci... involucra siempre el nivel de la ‘actividad práctica’ y de las relaciones sociales que producen desigualdad, al igual que las ideas a través de las cuales tal desigualdad es justificada, explicada, normalizada, etcétera” (Crehan, 2002: 174). La cultura siempre se encuentra situada en campos de poder, ubicada en relaciones de poder, y ésta es también la razón por la cual, una mayor participación ciudadana en los asuntos públicos no puede ser lograda únicamente mediante manipulaciones realizadas en la esfera simbólica (Varela, 2005: 87-96).⁷

Y también constituye una cátedra sobre lo que está en el centro de nuestro trabajo científico y cómo se llega a él: el concepto. Aunque éste nunca suele ser, para desconcierto frecuente de colegas de disciplinas distintas de las sociales y humanas, enunciado en busca de adhesiones políticas, artículo de fe, producto estético o logro intelectual definitivo, todo gira en torno a él: único instrumento –aparte de los sentidos– con que contamos para aprehender, explicar, entender la realidad sociocultural. Por consiguiente, tanto se puede aprender del proceso magistral de hechura de un concepto como del resultado de este proceso. También por ello, el centenar y medio de páginas de *Cultura y poder*, que hoy se presentan, constituyen en sí mismas una cátedra idónea para iniciar la “Cátedra Roberto Varela” en nuestra División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Esteban Krotz

Bibliografía

COORDINACIÓN EDITORIAL

2005 “Roberto Varela ‘in memoriam’”, en *Bricolage*, año 3, núm. 8, p. 5.

⁷ Precisamente en este sentido va la crítica de E. Krotz y R. Winocur (2005) de diversas estrategias de análisis y de promoción política instrumentadas en años recientes en diversos ámbitos del país.

CREHAN, KATE

2002 *Gramsci, culture, and anthropology*, Berkeley, University of California.

DÍAZ, RODRIGO

2005 “In memoriam’ Roberto Varela”, en Roberto Varela, *Cultura y poder: una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana (Col. Antropología: autores, textos y temas, 40), Barcelona/México, pp. 9-10.

KROTZ, ESTEBAN

1987 “Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana”, en Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico*, vol. 7, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 26-307. [También como: “Los inicios y la primera década del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana (1975-1986)”, en: <http://uam-antropologia.info/web/articulos/historia_departamento_esteban_krotz.pdf>.]

KROTZ, ESTEBAN Y ROSALÍA WINOCUR

2005 “Cultura política y participación ciudadana”, en Jorge Alonso y Alberto Aziz, eds., *El Estado mexicano: herencias y cambios*, Porrúa/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México (en prensa).

VARELA, ROBERTO

1984 *Expansión de sistemas y relaciones de poder: antropología política del estado de Morelos*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

1985 *Antropología política del estado de Morelos*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Serie Disertaciones Doctorales, 5), México.

1992 “Reflexiones sobre la expansión de sistemas y las relaciones de poder”, en *Nueva Antropología*, vol. XIII, núm. 43, pp. 39-43.

2004 “Biografía laboral”, en Ricardo Solís Rosales, coord., *Historias compartidas: treinta años de vida universitaria*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 475-481.

2005 *Cultura y poder: una visión antropológica para el análisis de la cultura política*. Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana (Col. Antropología: autores, textos y temas, 40), Barcelona/México.

El poder y la ciencia política

Durante más de veinte años me unieron estrechos lazos familiares con “el Flaco”. Fueron lazos de un gran cariño construido en la cotidianidad de la vida. En el espacio en el que se crean los valores del respeto, la solidaridad, la responsabilidad y la fraternidad. En donde se aprende a disfrutar la vida. En palabras del propio “Flaco”: él me domesticó.

Sin embargo, nuestra relación no se restringió al espacio familiar y sus diversos episodios parroquiales. En 1998 decidí estudiar ciencias políticas. A partir de ese momento iniciamos un nuevo tipo de relación: maestro-alumno. Fueron siete años de innumerables conversaciones, en ocasiones acaloradas discusiones. Sin embargo, existió un momento que marcó un antes y un después en nuestras pláticas, así como en mi forma de pensar, observar, argumentar e intentar analizar los fenómenos políticos.

No recuerdo ni la fecha ni el lugar preciso. De lo que sí estoy seguro es de que fue durante el primer año de mi carrera, un domingo y en algún restaurante del sur de la Ciudad de México. La escena la recuerdo con claridad. Mientras “el Flaco” tomaba una copa de tequila y fumaba un cigarro yo les platicaba con gran entusiasmo, a él y a mi mamá, sobre mis clases y lecturas de institucionalismo (en aquel entonces y hasta cierto punto a la fecha, la corriente de moda en el mundo de la ciencia política).

Mis argumentos se centraban en la importancia de los diseños institucionales y constitucionales para entender la estabilidad política y el buen funcionamiento de la economía de mercado, como lo plantea el Premio Nobel de Economía, Douglass North. Como derivación de esta importancia institucional, introduje los argumentos del politólogo Juan Linz con el fin de comprobar que los sistemas parlamentarios tienen mayores virtudes que los presidenciales para garantizar la estabilidad política en regímenes democráticos. Incluso me atreví a decir –siguiendo los argumentos de Linz y Arturo Valenzuela– que si Chile hubiera sido un sistema parlamentario probablemente el golpe de Estado de 1973 no hubiera ocurrido.

“El Flaco” me escuchaba con una paciencia que empezaba a transformarse en desesperación. No recuerdo si alcancé a terminar mis alegatos o si él me interrumpió en algún momento. Lo que viene a mi memoria, palabras más palabras menos, fue su respuesta: “después de escucharte, me queda muy claro que la ciencia política sigue sin evolucionar y sirve de muy poco para analizar y entender la política”.

Evidentemente me quedé helado. Fue la primera de muchas “cubetadas de agua fría”. “El Flaco”, como buen provocador, esperó mi reacción antes de continuar. De inmediato recurrí a los “argumentos de autoridad”: “cómo puede estar mal el institucionalismo si lo plantea un Premio Nobel de Economía, Juan Linz es profesor emérito de la Universidad de Yale, etcétera, etcétera”.

Cuando finalicé, él retomó su argumento: “el problema de los politólogos es que se dedican a estudiar estructuras de poder y no han sido capaces de desarrollar una teoría que explique qué es el poder. Sin una estructura clara y precisa sobre el poder, los análisis institucionales y de diseños constitucionales se reducen a argumentos ingeniosos y aparentemente lógicos que se pueden acomodar con facilidad al gusto del autor”.

Después de esta amable pero ruda sentencia me dijo algo así como “deja de perder el tiempo y mejor lee a Adams”. Finalizó con una breve descripción del modelo teórico del antropólogo estadounidense.

Me quedé fascinado, la verdad, al igual que le pasó a mi mamá cuando lo conoció, más con el maestro que con su explicación, que en ese momento entre la copa de tequila y la botella de buen vino español, poco entendí.

Al día siguiente me envió un artículo que utilizaba en sus clases para explicar la teoría del poder social de Richard N. Adams. Después de leerlo un sinnúmero de veces decidí que era momento de ir a los libros.

Era tal mi entusiasmo que convencí a mi buen amigo Rodrigo Velázquez para que le propusiéramos al “Flaco” la organización de un “seminario particular” sobre antropología política.

Durante varios meses asistimos de manera puntual todos los jueves a las 5:00 de la tarde a casa del “Flaco”. Ésa fue mi primera lectura a detalle de *Energía y Estructura*. No tardé en pasar de Adams a los textos del “Flaco”. El primero fue *Expansión de sistemas y relaciones de poder*. Este libro, el mejor de antropología política mexicana, según nos dijo aquí mismo el doctor Rodrigo Díaz durante su participación en el Homenaje que le organizó la UAM al “Flaco”, me sorprendió y marcó por tres factores:

- 1) A pesar de haber leído con todo cuidado durante muchos meses y bajo la tutela del “Flaco” los trabajos de Adams, creo haberlo comprendido mejor después del recorrido teórico por la antropología política de la primera parte del libro.
- 2) En tan sólo 15 páginas encontré el mejor análisis que se ha escrito sobre el sistema político posrevolucionario. Lo sigo pensando así.
- 3) Comprendí la importancia de un concepto sólido de cultura y que, a diferencia de lo que postulan muchos politólogos y también algunos antropólogos, no existe una relación causal directa y unidireccional entre cultura y comportamiento.

Además, entendí que las formas de participación política y el comportamiento de sus actores están más relacionados con el tipo de estructuras de poder, es decir, con el tipo y cantidad de controles que se tengan sobre el ambiente y no tanto con su cultura.

En pocas palabras, “el Flaco” logró convertirme en un hereje de la ciencia política, que desde ese momento hasta la fecha ha intentado llevar la teoría de Adams y los planteamientos del “Flaco” a los temas que nos preocupan a los politólogos: estabilidad política en sociedades complejas, gobernabilidad en sistemas parlamentarios y presidenciales, relación entre poderes, dinámicas en el interior de los congresos o parlamentos, relaciones entre estructuras de poder nacionales, locales e internacionales, entre otros.

La verdad es que ha sido difícil encontrar interlocutores tanto en el mundo de la ciencia política como en el de la antropología política. Sin embargo, no todas son malas noticias. El año pasado, el influyente politólogo Robert Dahl declaró en una entrevista que su mayor decepción de la ciencia política, en particular de la política comparada, es que en los últimos cincuenta años no ha progresado en su entendimiento del poder, porque nadie se ha preocupado por desarrollar una teoría sólida al respecto: exactamente la misma reflexión que me hizo muchos años antes “el Flaco” y que postulaba por lo menos tres lustros atrás.

El primer resultado de las declaraciones de Dahl es que el tema del próximo Congreso de la Asociación de Ciencia Política Americana (APSA) es “Reconsiderando al poder”. Me parece que se abre una gran oportunidad para tender puentes entre la antropología política y la ciencia política. Estoy convencido de que los trabajos de Adams y “el Flaco”, incluidos los que se presentan el día de hoy, pueden y deben ser los cimientos que sostengan ese puente. Podría ser una de tantas nuevas aportaciones del trabajo del “Flaco”.

Por lo pronto, de lo que sí no tengo duda, es de que “el Flaco” sigue siendo un incrédulo de la ciencia política y de que quizá me repetiría que deje de perder el tiempo y me ponga a leer a Adams.